

FAMA

El pasado miércoles entré en una discoteca con un amigo mío que es muy famoso porque sale en la tele. Al descender de nuestro vehículo la noche se calcinó con las llamas blancas de miles de apasionados flashes. De pronto apareció una mujer con un micrófono en la mano y detrás de ella una especie de monstruo de enormes ojos. Era una cámara de televisión. Se movía rápida, voraz, manejada por una persona inexpresiva, que parecía más mecánica que la propia cámara. Aproveché entonces para ir a la barra y allí se me pegó un hombre con el rostro atormentado. “¿Quieres ser famoso?” Decidí entonces que el sujeto estaba borracho y me giré hacia el otro lado. Él volvió al ataque: “Tengo un pasadizo en mi cerebro para entrar en el subconsciente colectivo.” Decidí largarme, pero cuando miré a los ojos del desconocido advertí que se trataba de un muerto. El terror me rebanó la espina dorsal. “Eres afortunado: vas a ser famoso”, afirmó mientras me absorbía entero con sus pupilas.

Y me encontré en el interior de un cerebro muerto: una especie de catedral polvorienta en la que se podían apreciar millones de neuronas secas como caracolas. En el centro había un agujero –el pasadizo, supuse- y me resbalé por él como si fuera un desagüe. Cuando paré de resbalar me encontraba en un gigantesco espacio vacío, más grande que cualquier paisaje que hubiese visto jamás, cuyo cielo y suelo, que coincidían en un horizonte circular, estaban tapizados con millones de espejos. Y en todos ellos se reflejaba mi imagen. Cogí uno para observarlo con detenimiento. Allí estaba yo, muy deformado, pero reconocible, apelmazado entre muchas cosas más: cabezas de gamba, un partido de fútbol, una mujer abofeteada, un chorro de orina muy oscuro, miedo, ignorancia, odio... Dejé aquel espejo. Cogí otro. También estaba allí mi imagen, y el olor del aceite frito, y el rostro abotargado de un pescadero de mercado de barrio, y un tampax, y el miedo atroz a perder a un marido putero. ¡Cada espejo era un cerebro! Yo estaba en todos. ¡Era famoso!

Entonces apareció mi secuestrador y me dijo que era Schopenhauer; y también esto: “¿Qué es la fama? Sólo un reflejo de nuestro ser en las cabezas de los otros. Y esas cabezas son un escenario demasiado miserable como para que la verdadera dicha pueda tener su lugar en ellas.”